

realizadas a intelectuales, políticos, periodistas y gente relacionada con movimientos sociales, los autores logran componer una especie de memoria de la transición. Desde ópticas distintas, a veces contrapuestas, los testimonios de estos protagonistas van trazando la ruta crítica que permitió la alternancia política.

Cuándo comienza este proceso, cuáles son sus etapas, quiénes sus principales protagonistas y qué es posible esperar en el corto plazo, son algunas de las interrogantes a las que responden los entrevistados. Respuestas en las que analizan la coyuntura que se vive en el país después de 1994, y narran su experiencia personal como funcionarios o miembros influyentes de la opinión pública. También pasan revista al papel jugado por los partidos, por los intelectuales y los medios de comunicación en el proceso de apertura. Sin embargo, en sus palabras el reconocimiento de las aportaciones regionales al cambio democrático es escaso. Esto llama la atención, sobre todo si se piensa que los autores del libro son dos reconocidos intelectuales con amplia trayectoria en la vida pública de Baja California. Hace falta recuperar la visión regional de la transición a la democracia, sin ella repetiremos el error que se cometió al tratar de contar la historia de la Revolución mexicana desde el centro sin atender los matices regionales. ●

**Francisco Hernández**  
**El placer de leer**  
**poesía... en prosa**

Editorial Aldus / Libros en el buró  
Ilustración de portada: Jan Hendrix  
Primera edición, 2003

**Alejandro Ortiz González**

Disfruto sobremanera cuando leo a un poeta navegando con dominio por los

mares de la prosa. Soy un lector con marcada predilección por las novelas, los periódicos y las revistas, y pese a practicar con cierta regularidad la albañilería poética, cuando se trata de leer versos no considero que ésta sea una lectura de literatura, esto es, me resulta algo más cercano a andar en bicicleta, más como un paseo mental o una conversación silenciosa, y como escritor confieso mi admiración y gusto por quienes logran fundir los géneros en una misma y nutritiva literatura, plena de imágenes, metáforas y cumbres idiomáticas o hallazgos sencillos, más próximos a la minucia, al detalle.

Admiro este talento, pues, porque lo sueño para mí, economía de medios en la profusión, el logro del “decir lo más con lo menos”, la inmensa geografía de la precisión en forma y contenido. Poesía en prosa, prosa de intensidades —como la llamara Alberto Ruy-Sánchez—, la de Pancho Hernández es más bien como una poesía sin prisa con rostro de aparente apuro y cotidiana indiferencia, como si se tratara de las notas de un Valéry peatón en “el chilango”, un Woody Allen rondando en la Condesa, un Henry Miller jarocho.

Apuesto siempre por los inconformes, por los mamones que no necesitan a nadie para ser quienes son, sin parecerse a nadie. Las palabras de Pancho Hernández me van dejando varado en esta ribera del río, la orilla de los que no están dentro del convite universal: “¿dónde está la poesía? La veo a lo lejos, en los otros. A mí se me niega, no llega, no se hace presente. La poesía es siempre ajena. Incluso la que nosotros escribimos. Obviamente, nunca se somete a nuestra voluntad. En el desierto, uno no puede inventar el agua”.

Son sus palabras un retrato fiel y progresivo de la sobrevivencia, a sí mismo, a la depresión, al olvido:

“¿Cómo he podido sobrevivir tantos años sin fe definitiva en ningún dios, en ninguna religión?”. Su humor es voluntario y ágil, escueto, directo a la razón: “Me duelen la cabeza y la espalda. Todos los caminos llevan a los analgésicos”.

Este libro es también un cuaderno de viaje, a Europa, a Tabasco, a Cuba... al interior del malestar y al mismo tiempo al interior de la esperanza, como en el pasaje en la casa de Trakl, una de las tres figuras de su libro *Moneda de tres caras*: “Si hubiera conocido Salzburgo antes, el texto del Cuaderno de Borneo sería otro, pero no muy distinto”.

Conociéndolo un poco, apenas un par de ocasiones, presiento que Pancho Hernández está casi completo en lo que escribe, como si todo eso que charlan él y Mardonio, él y Jorge F. Hernández, él y Arturo Rivera, él y los demás, fueran sólo pausas entre momentos de escritura del mismo, interminable libro que es su vida, como si ésa fuera su gasolina para continuar, saber que escribir es como no beber, un acto diario de voluntad inquebrantable. “Hoy no, quizá mañana”, dicen en AA, aquí podríamos decirlo al revés, “hoy sí” porque quizá mañana no estemos.

Así siento que vive Francisco Hernández, como escribe, nítido, transparente a fuerza de conocer el oficio de sacarle brillo a las ideas y a las palabras. Reyes decía que la poesía está hecha de ideas, no de palabras. Claro, él era un Poeta, en la más amplia cobertura del territorio, no un poeta de poemas, sino un Poeta de Poesía. Francisco Hernández nos ha dejado en claro desde hace mucho que la Poesía es su amiga íntima, y le llena los libros con su encanto, para placer de todos nosotros. ●